

## CAPITULO CXCV.

Situación de la guerra durante el anterior período.—Lord Wellington en Francia.—Libertad de Fernando VII.

ANTES de continuar adelante la marcha de la segunda legislatura que indicamos en el capítulo anterior, necesario nos es dar una ojeada, siquiera sea breve, por los campos de batalla, á fin de ver el estado en que se encontraban las cosas de la guerra.

El general Suchet ocupaba la línea del Llobregat, en Cataluña, hasta el momento en que, en virtud de la propuesta de D. José Manso, los aliados se dispusieron á arrojarle de allí.

El 16 de enero, combinados los movimientos de algunas fuerzas, dió comienzo el ataque, mas aún cuando en él se habían fundado muchas esperanzas, la verdad fué que el resultado no correspondió á ellas por ningún estilo.

Y decimos que no correspondió á aquellas esperanzas, porque el mismo movimiento lo verificó Suchet obligado por la necesidad.

Napoleon le había pedido que le enviase todas las fuerzas que pudiera, y reducida su división, no tuvo otro remedio que replegarse hacia Gerona, mientras que Robert, que se hallaba en Tortosa, y Habert, que ocupaba la baja Cataluña, abandonaban todas sus posiciones y se encerraban en la capital, donde bien pronto se encontraron completamente bloqueados.

Entonces D. Juan Van-Halen, ayudante que á la sazón era de Suchet, pero que ántes había defendido la libertad española hasta que cayó prisionero, entró en tratos con el baron de Eróles, en virtud de los cuales algunas de las plazas ocupadas por los franceses habían de ser entregadas á los españoles, y así se realizó en Lérida, Mequinzenza y Monzon, que fueron ocupadas por guarniciones españolas en 13, 15 y 18 de febrero.

Gran efecto produjo en Suchet la pérdida de tan importantes puntos, y como quiera que recibió nuevas órdenes del Emperador para que le enviara nuevas fuerzas, al desprenderse de diez mil soldados más, no tuvo otro recurso que abandonar á Gerona, después de desmantelarla, y buscar amparo bajo la salvaguardia del castillo de Figueras.

No fueron más felices las armas francesas en Aragon que lo habían sido en Cataluña, y el gobernador de la ciudadela de Jaca vióse obligado también el 17 de febrero á capitular, apoderándose Mina de ella.

Veamos entre tanto las operaciones llevadas á cabo por el general Wellington en el territorio francés.

Situadas las tropas aliadas en las márgenes del Adour y del Nive, la crudeza del tiempo impidióles realizar movimiento alguno.

Pero en el mes de febrero, más suave ya la temperatura, cruzaron el primero de ambos ríos y dispusieronse para atacar á Bayona, llevando la guerra hacia el interior de Francia si necesario era, coadyuvando así á las operaciones que las demas potencias estaban verificando por otros puntos de Francia.

El ala derecha del ejército aliado empezó su maniobra con arreglo al plan trazado de antemano, el día 14 de febrero, y como lógica consecuencia quedó en completa incomunicación el general francés con San Juan de Pié-de-Puerto, sitiado á la sazón por Mina.

Soult, comprendiendo que la hora de los desastres había llegado, no pensaba más que en irse replegando sin intentar defensa aún en las más favorables posiciones, y finalmente, abandonando Bayona á sus propias fuerzas, fué á situarse en Orthez, donde fijó su cuartel general.

Algunas divisiones del cuarto ejército español, bajo las órdenes de D. Manuel Freire, reforzaron el ejército aliado, y tanto por esta razón cuanto porque se vencieron otras dificultades de consideración también, pudo pasarse el Adour bajo el terrible fuego de la ciudadela de Bayona, quedando establecido el cerco de esta ciudad.

D. Pablo Morillo practicaba la misma operación en Navarrens, y entónces Wellington atacó á Soult en las posiciones que anteriormente hemos indicado.

El ala derecha francesa llevóse al principio la mejor parte del combate, pero bien pronto, batido el centro, no tuvo más remedio que ordenar la retirada.

Admirablemente se sostuvo ésta al principio por medio de aquellos cuadros que tanta nombradía habían dado á los franceses, pero el buen orden desapareció pronto, la retirada se convirtió en desordenada fuga, y harto sabemos las naturales consecuencias que éstas llevan consigo.

Gente bisoña en su mayoría la que componía el ejército francés, abatióse pronto, abandonó sus banderas, y el resultado fué que Soult perdió en aquella desastrosa fuga doce cañones y dos mil prisioneros, siendo el total de las faltas que experimentó su ejército de doce mil hombres.

El general Foy quedó gravemente herido y Bechaud muerto, mientras que los aliados tuvieron mil ochocientas bajas, recibiendo una contusión lord Wellington.

En Saint-Sever vióse obligado el general francés á detenerse al objeto de rehacer su hueste, y á este punto fueron á buscarle los aliados.

Pero el francés esquivó su encuentro, tomando la vuelta de Agen, y entónces aquéllos se apoderaron de Mont-de-Marsan y derrotaban á la división de Harispe, la cual no había entrado en fuego en la batalla de Orthez.

Habiendo entrado el tiempo en aguas, los aliados no tuvieron más remedio que detenerse, y de esta detención se aprovecharon los enemigos para cambiar la marcha, dirigiéndose hacia Tarbes con el propósito de recibir por esta parte los refuerzos del mariscal Suchet.

Funesto fué este movimiento para los franceses, y así lo había ya previsto Napoleon cuando lo primero que encargó á Soult, fué que no dejase descubierto el camino de Burdeos.

Y la razón era muy obvia. Por allí conservaban muchos partidarios los Borbones, y con la llegada de los aliados cobraron ánimo, se entendieron con el general Wellington, y el duque de Angulema se preparó para ponerse al frente del movimiento preparado por los amigos de la restauración.

El jefe de las tropas aliadas dispuso que tres divisiones bajo el mando de Beresford se dirigieran á Burdeos, adonde llegaron el día 12 de marzo.

Impacientes las estaban esperando ya los partidarios de los Borbones.

Las autoridades imperialistas y la guarnición que habían presentado que algun grave riesgo las amenazaba, al tener noticia de la aproximación de los aliados, temiendo por la suerte que les esperaba, evacuaron la plaza inmediatamente.

Entónces la población casi en masa á los gritos de *Viva el Rey*, lanzóse al encuentro de los soldados, á cuyo frente iba el duque de Angulema, y Burdeos quedó en su poder en medio de la mayor alegría y del mayor entusiasmo.

Poco de satisfactoria tenía la situación de Napoleon en los momentos que vamos hablando.

Habiase visto ya obligado á recurrir á los últimos extremos, y con la movilización de cien batallones de la Guardia Nacional y la formación de un Consejo de Regencia, bajo la presidencia de María Luisa, su esposa, y su presentación en el campo de batalla, creyó haber conjurado algun tanto la enemiga suerte que parecía formar decidido empeño en perseguirle.

Pío VII, que permanecía preso en el castillo de Fontainebleau, obtuvo la libertad ántes de que el Emperador saliera á campaña, y éste púsose á tratar con el príncipe de Metternich, á fin de que las conferencias interrumpidas se prosiguieran, y los negociadores se reunieron en Chatillon del Sena el 5 de febrero, quedando nuevamente rotas las negociaciones el 19 de marzo.

El motivo de la ruptura era natural dadas las condiciones que se habían estado discutiendo.

Los aliados, que se hallaban en condiciones de exigir, puesto que eran los que llevaban la mejor parte, proponían como base para cualquier tratado que se hubiera de celebrar, que Francia se redujese desde el momento y sin esperar más á los mismos límites que tenía en 1789.

Puede comprenderse muy bien que Napoleon no había de resignarse en un momento á renunciar al fruto de tantas campañas, de tantos hombres sacrificados y de tantos esfuerzos hechos por la nación.

En su consecuencia el plenipotenciario francés, comprendiendo lo difícil de su situación, trató de sacar todo el mejor partido posible dada la actitud en que se ponían los enemigos, y pidió lo que Napoleon había rehusado hasta entónces, es decir, que el Rhin sirviera de límites á la Francia.

Esta proposición había sido ya hecha en Francfort por los aliados á Napoleon.

Sus dificultades hubo en estos momentos para que las potencias accediesen, pero quizás habrían concluido por hacer algunas otras concesiones á no haber venido los sucesos á cambiar la actitud del Emperador.

Las victorias alcanzadas en Saint-Dicier, en Brienne, en Montmirail, en Champaubert y en Montereau levantaron el espíritu, no sólo del Emperador, sino de la nación, y rechazáronse todas las proposiciones.

La contestación dada por Napoleon al saber lo que habían propuesto, ó mejor dicho, exigido los plenipotenciarios, fué la de que más cerca se encontraba él de Viena que el emperador de Austria lo estaba de París.

Léjos estaba Napoleon de presumir en los momentos en que tal contestaba, que pronto, muy pronto iba á verse obligado á aceptar, no sólo las proposiciones antes rechazadas, sino las que quisieran imponerle.

La coalición había reanudado su alianza el día 1.º del mismo mes, y se presentaba más amenazadora que nunca, y como que los partidarios de la restauración brotaban por todas partes, llegó un momento en que Napoleon, á fin de ganar algunas simpatías, determinó poner en libertad á Fernando VII, á pesar de la negativa que había dado la Regencia española y que le fué transmitida por el duque de San Carlos.

El día 7 de marzo, y siguiendo el plan que se había trazado, recibió el cautivo de Valencey los pasaportes, é inmediatamente se hicieron todos los preparativos para la marcha.



DEFINITIVA RETIRADA DEL EJÉRCITO INVASOR Á FRANCIA.

## CAPITULO CXCVI.

Segunda legislatura.—Entrada del Rey en España.—Abandonan definitivamente los franceses la Península.—Caída de Napoleon.

El día 25 de febrero, según dejamos ya manifestado en otro lugar, las Cortes abrieron la nueva legislatura, legislatura poco fecunda en acontecimientos de importancia, demostrándose con esto la desconfianza que sentían bajo el nuevo orden de cosas que iba á crearse y los presentimientos de que se hallaban poseídas.

La reforma de algunas dependencias del Estado, la organización de la Milicia Nacional y las dotaciones de la Casa real, fueron los objetos más esenciales de aquellas Cortes.

También se habló mucho y dió lugar á debates que se prolongaron hasta la llegada del Monarca, la famosa conspiración para constituir una república ibérica en la Península, conspiración en la cual decían que entraban varios jefes del partido liberal secundados por Napoleon y Talleyrand.

Entre las disposiciones que se tomaron, figuran como más importantes: la ley de beneficencia en favor de los inutilizados en defensa de la patria; la pensión á la familia del capitán de artillería D. Pedro Velarde, que, como ya dijimos, falleció en la sangrienta jornada del 2 de mayo; la erección de un monumento en las inmediaciones del salón del Prado, en el sitio denominado *Campo de la lealtad*, donde yacían multitud de víctimas, y dictándose además otra porción de medidas encaminadas á recobrar muchas de las preciosidades artísticas que se habían llevado los franceses.

Igualmente quedó decretado el desestanco del tabaco y de la sal, nombrándose algunas comisiones para la redacción de códigos, á fin de mejorar la legislación civil y criminal.

En estos momentos precisamente Fernando VII había llegado ya al territorio español.

Sin embargo, ántes de salir de Valencey celebró un consejo con las personas que á su lado se hallaban, en el cual se trató de la marcha que sería más conveniente seguir en virtud de las noticias que el duque de San Carlos y Palafox habían llevado de España.

La decisión no pudo ser más desfavorable para las instituciones liberales, porque el sistema de neutralidad allí acordado, sin soltar prenda alguna en favor del Código constitucional ni mostrarse abiertamente enemigo de él, era casi peor que haber adoptado desde el momento una marcha completamente franca y resuelta.

Para decidirse finalmente en favor de uno de los dos sistemas, acordaron los consejeros de Fernando que durante el tránsito hasta Madrid se estudiara el espíritu de los pueblos, se fomentaran en cuanto posible fuera las aspiraciones realistas y se procediera en un todo conforme las circunstancias lo fueran exigiendo.

Como se comprende bien, no era la clave de esta política lo más conveniente para una nación que tantos sacrificios acababa de hacer, ni el Monarca se mostraba todo lo agradecido que debía con un pueblo que acababa de derramar su sangre durante tantos años de encarnizada y persistente lucha.

Bajo el título de conde de Barcelona emprendió Fernando VII el viaje, acompañado de los infantes D. Carlos y D. Antonio, llegando á Perpiñan el 17 de marzo.

Allí le esperaba el mariscal Suchet, cuya misión era la de detenerle en aquel sitio en calidad de rehenes hasta tanto que regresaran libres á Francia las guarniciones que se encontraban bloqueadas tanto en Cataluña como en Valencia.

Pero Napoleon no había tenido en cuenta que cuando la fortuna vuelve al hombre la espalda, hasta los mejores amigos le abandonan, y Suchet, que ya veía vacilante el poder del Emperador, encontró mucho mejor congraciarse con Fernando y le dejó marchar, aun cuando mediante la formal promesa del Rey respecto á las guarniciones y quedándose únicamente el infante D. Carlos en aquel concepto mientras el mariscal francés pedía instrucciones nuevas á Paris.

Todos los prisioneros y refugiados españoles que había en Francia apresuráronse á salir al encuentro del Monarca, el cual á todos les daba esperanzas provocando explosiones de general entusiasmo y alegría al arrullo de las cuales verificó su entrada en España.

El día 22 de marzo pisó el territorio español, deteniéndose en Figueras á causa de la extraordinaria crecida del Fluviá.

Un escritor moderno refiere en los términos siguientes la llegada del Monarca:

«En la mañana del 24 las orillas de este río ofrecían hermosísimo espectáculo; hasta ellas habían avanzado los ejércitos español y frances, el de Copons á la derecha, el de Suchet á la izquierda; todos los habitantes de la comarca de muchas leguas á la redonda habían acudido á aquellos lugares llenando cerros y altillos, y como á las once de la mañana, entre salvas y músicas militares, unánimes y alborozadas aclamaciones salieron de todos los pechos españoles; Fernando, acompañado del infante D. Antonio y del mariscal Suchet, llegaba á la orilla izquierda; Fernando pasaba el río, Fernando el Deseado se hallaba al fin entre aquellos que le habían hecho lema de su independencia amenazada, de aquellos que por él, la religión y la patria tan esforzadamente habían com-

batido. D. Francisco Copons le recibió con la rodilla en tierra poniendo en sus manos una carta de la Regencia del reino, y luego de desfilar las tropas españolas ante S. M., siguió la comitiva hacia Gerona, adonde llegó el mismo día entre el indescribible entusiasmo de las poblaciones. El Rey, contestando entónces á la carta de la Regencia, le participó su llegada á Gerona y prometía «enterrarse de todo, augurando que nada ocuparía tanto su corazón como darle pruebas de su satisfacción y anhelo por hacer cuanto pudiese conducir al bien de sus vasallos, que le habían acreditado una fidelidad tan constante como generosa.»

Natural era que todo esto preocupara á los liberales, que realmente no veían ni en las palabras ni en los hechos del Monarca nada á propósito para tranquilizarlos.

Pero sin embargo, como que el entusiasmo tiene algo de contagioso, dominábase el general que por doquiera reinaba, y por lo tanto no se hizo oposición alguna á la erección de un monumento en las orillas del Fluviá, para perpetuar la memoria del feliz suceso y que se elevara una estatua á Fernando VII, estatua fundada con los cañones cogidos al enemigo.

Al mismo tiempo, prosigue el historiador ántes citado, «propúsose que cuantas veces se escribiera ó mentara el augusto nombre del Rey, se le llamara *Fernando el Aclamado*, y era tal el gozo que á todos embargaba, que los diputados cedieron sus dietas al día de la llegada de Fernando, destinando su importe á la dotación de una doncella madrileña, y el duque de Frías, que había mantenido durante la guerra un regimiento de caballería, puso á disposición de las Cortes mil doblones que debían darse de sobrepaga al ejército que había tenido la dicha de recibir al Monarca. En 28 de marzo, éste, á quien se había unido ya su hermano D. Carlos, dejado libre por Suchet, se puso en camino para Mataró, pasando á tiro de cañon de Barcelona con dirección á San Feliu de Llobregat, siempre en medio de las tropas y migueletes que con tanta bizarria se habían batido por espacio de seis años, y á quienes prodigó á su paso elogios y distinciones. Habíase celebrado un armisticio con el enemigo para que la marcha del Rey no fuese hostilizada, y en efecto, sin tropiezo ninguno llegó la regia comitiva á Tarragona y Reus el 2 de abril.»

El general Copons, que no estaba muy conforme con la promesa que el Rey había hecho al mariscal Suchet, no permitió que los franceses salieran bajo las condiciones estipuladas, y entónces el francés, despues de una inútil tentativa para reunir en Figueras la gente que tenía en Tortosa y en Barcelona, salió de España despus de haber volado las fortificaciones de Rosas.

Poco despues, y á consecuencia de los acontecimientos que habían sobrevenido en Francia determinando la caída de Napoleon, entró en tratos Suchet con Wellington al mismo tiempo que Soult lo hacía también, aun cuando por separado de su compañero, y en virtud de estos convenios quedó acordado que los franceses evacuaran la Península sin que fuesen objeto de persecucion ni molestados en lo más mínimo.

Esto se verificó durante los meses de abril y mayo, y finalmente España se quedó libre de franceses en los primeros días del mes de junio, despues de una guerra tan prolongada, tan sangrienta y tan terrible y para sostener la cual tantos sacrificios habíase visto obligada á hacer.

Mientras habían tenido lugar muchos de los sucesos anteriores, el 20 de marzo se verificó la acción de Arcis del Aube, y mientras Napoleon, pasando á retaguardia del enemigo para cortarle sus almacenes, creía tener delante de sí la masa de sus contrarios, Alejandro de Rusia tomó el partido de marchar á Paris, cuyo camino estaba libre.

El Emperador no pudo ménos de reconocer su error, é inmediatamente se dirigió á Fontainebleau, pero los aliados llegaban ya delante de la capital arrollando las escasas tropas que intentaron defender sus cercanías. Cambaceres y José Bonaparte huían con la Regencia á Blois, estableciase un gobierno provisional presidido por el príncipe de Talleyrand y la población de Paris se apresuraba á capitular por temor de que volviera el tirano, según entónces le empezaron á llamar.

Inmediatamente entraron en la capital del Imperio los ejércitos aliados, sin que ellos, que eran entónces los más fuertes, pensaran en devolver á Francia, que nada había respetado, los infortunios de sus ciudades incendiadas y de sus campos asolados.

«El Senado, dice un historiador, decretó la deposición de Bonaparte en 2 de abril, recibiendo como por merced la isla de Elba en el Mediterráneo para que le sirviera de asilo.

«Salió, pues, de Fontainebleau en 20 de abril, despidiéndose de sus viejos y valerosos granaderos, y entre aclamaciones al nuevo Monarca y á los aliados, é insultos y maldiciones á su pasado poder, llegó con gran abatimiento y susto á las playas donde había de embarcarse.

«Luis XVIII, ausente en Inglaterra, había sido proclamado rey de Francia en 6 de abril, é interin llegaba, tomó el mando su hermano el conde de Artois bajo el título de lugarteniente del reino.»



FERNANDO VII ORDENA REDACTAR EL MANIFIESTO DE VALENCIA.